

Si bien la pura observancia de las normas democráticas formales no es contundente muestra de respeto al pueblo, es claro que la preservación de elecciones, congresos y prensa formalmente libres en las naciones caribeñas citadas corresponde al modelo de gobierno que hemos querido darnos nosotros mismos. Y aunque estemos lejos de haberlo encontrado, la comunidad de realidades y aspiraciones nos pone en aptitud de concretar con estos países una política exterior que nos impida la soledad en el ámbito latinoamericano.

En otros frentes, asimismo, es preciso desplegar acciones diplomáticas eficaces. Las próximas visitas del rey de España y del presidente de Francia, agregadas a la reciente estancia del ejecutivo mexicano en la Unión Soviética y Bulgaria han de trascender su carácter de simples actos protocolarios. Sería un ejercicio autodisminuyente el pensar que nuestra condición de suyo disminuida en el conjunto de las naciones hace inútil todo proyecto de política exterior.

Por lo contrario, es claro que si nos reconocemos débiles y marginados en la escala mundial, el aislacionismo no haría más que ratificar esa deplorable condición. Si queremos lograr nuestra independencia cabal, tenemos que salir al mundo, y hacerlo llegar a nosotros, en una estrategia que supere el vacío ir y venir para dotar de contenido liberador a nuestras acciones.

Puesto que la política exterior, diríamos parafraseando a Clausewitz, no es más que la prolongación de la política interior por otros medios, la coherencia manda que a los afanes independentistas que deben presidir nuestros actos de relación con el exterior corresponda un empeño semejante por la conservación y ampliación de las libertades públicas de los ciudadanos.

Es un hecho, sin embargo, que tales libertades sufren hoy un embate procedente de diversos frentes que están obrando con éxito. Nuestro infortunio dista de ser tan universal y abrumador como el que padecen diversas naciones suramericanas, pero eso no le resta gravedad. Casi cotidianamente se conocen nuevas denuncias sobre personas desaparecidas. Algunas de ellas han estado en esa condición durante más de un año. Las autoridades interpeladas para que informen del paradero de esas víctimas, pues hay presunciones de que fueron tomadas prisioneras por agentes policíacos, se respetan a los ciudadanos al grado de dar respuesta a sus requerimientos, o lo hacen contestando cuestiones diversas de las planteadas.

Asimismo, en el campo de la expresión pública, de manera sorda a veces, con vozarrones amenazantes otras, se demanda el sofocamiento de algunos centros de difusión en que se intenta el libre examen de nuestra circunstancia. Tales perniciosas tendencias podrán tener éxito a corto plazo. Ya se sabe, sin embargo, que la historia, apuntalada por las acciones concretas de los hombres, no se detiene, por más esfuerzos que en tal sentido hagan los profesantes del inmovilismo.

Como el vapor de una caldera, la palabra ha encontrado siempre resquicios por donde escapar. O, si la clausura es total, el estallido se produce inexorablemente. Piénsese, por ejemplo, en el caso de esta revista, que cumple un cuarto de siglo a contar del grito de libertad que fue su nacimiento. La tentativa de acallar entonces a un periodista y al equipo que con lealtad ejemplar le siguió, ha recibido una permanente derrota que dura ya veinticinco años.

Vientos de fronda soplan sobre las libertades públicas. En paradoja, una reforma política que busca racionalizar nuestro camino hacia el futuro, procura abrirse camino. Si el respeto a los derechos políticos de los mexicanos no se hace campear, seremos testigos y víctimas, de una gran frustración histórica.